



la relativa debilidad del Estado, éste puede al menos controlar sus excesos sometiendo dichos intereses a la normatividad jurídica. La paz no será posible, en efecto, mientras algunos intereses privados campeen soberanamente sobre los intereses colectivos y mientras la paz se busque exhortando a participar en su reconstrucción a quienes la perturban. *La paz no se logrará apenas invocando valores sino sometiendo intereses.*

La suerte del punto anterior está ligada a un segundo factor, a saber: el fortalecimiento del Estado. Pero es clave no ceder a la mentalidad autoritaria confundiendo Estado fuerte con Estado poderoso. Un Estado puede ser fuerte sin ser poderoso en la medida en que logre imponer su soberanía administrando justicia y, en fin, regulando los intereses privados en conflicto. El Estado japonés, por ejemplo, es fuerte sin ser poderoso. Un Estado fuerte es, en síntesis, un Estado con un orden jurídico eficaz que extirpa la corrupción y la impunidad y que logra los objetivos que se propone. El aliado institucional de la crisis de hoy es, entonces, la debilidad del estado con su incapacidad para controlar el carácter sistémico de las violencias actuales.

Finalmente, es un error pensar que el proceso de paz se consolidará apenas con la desmilitarización de la guerrilla. La política estatal que se concentraría en esos grupos haría pensar que se está, de hecho, minimizando el poder desestabilizador de la extrema derecha. Operar sobre la base de este error sería un grave indicio de que el Estado mismo persiste en definir desde una perspectiva restrictiva y asfixiante los límites de la democracia y que él mismo participa en la reproducción de la democracia salvaje que está en su deber extirpar.

# La historia viva del Frente Nacional

JORGE ORLANDO MELO \*

Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988, de Daniel Pecaut. (Bogotá, Editorial Siglo XXI, 1988). 438 págs.

**E**N la introducción a su libro más reciente, Daniel Pecaut atribuye a los colombianos la tendencia a ver el desarrollo histórico del país como condenado a una "repetición eterna". Si esto es así, y son muy buenas las razones para creerlo, *Crónica de dos décadas de política colombiana* es un buen intento por desafiar esta visión ahistórica que carac-

terizaría el análisis político habitual colombiano. En efecto, es un libro que bajo la apariencia engañosa de un simple relato, presenta una imagen novedosa del país, que destaca los aspectos inusitados de los recientes procesos sociales y políticos y que en muchos aspectos desafía los lugares comunes y los saberes recibidos.

## **Estereotipos en barrena**

El libro, conformado por siete artículos que cubren los principales incidentes de la vida política desde 1968 a 1988, resulta interesante porque ofrece un primer esbozo de historia

\* Investigador Instituto Estudios Políticos, U.N.

# La historia viva del Frente Nacional

→ de este período: hasta el momento, con muy pocas excepciones, los pocos libros publicados sobre esta época o hacen parte de la discusión inmediata de alternativas políticas, o constituyen esfuerzos de análisis global, guiados por modelos explicativos más o menos rígidos, usualmente muy marcados por los modelos de análisis de la ciencia política norteamericana. La publicación de esta recopilación no podría ser más oportuna: ante la crisis que enfrenta hoy el país, y que adquiere dimensiones inusitadas, resulta una reflexión que supera los estereotipos en los que se apoyan tanto las líneas políticas de izquierda como las defensas complacientes del sistema.

Por supuesto, no hay que olvidarlo, este trabajo fue escrito sobre la marcha. Está compuesto por artículos escritos cada tres o cuatro años, destinados a presentar a los estudiosos franceses una imagen comprensible y amplia de la reciente evolución política del país. Esto hace que los estudios no constituyan piezas de análisis retrospectivo, en las que el historiador o el científico social puede aprovecharse de los resultados finales de los procesos para leer a posteriori tendencias y perspectivas. Esto acentúa el carácter no determinista del análisis, que no deja de ser refrescante: los modelos implícitos

del autor son bastante abiertos, y prestan atención a las acciones e intenciones de los actores políticos, a la oscuridad e incertidumbre en que se mueven, a la imposibilidad, para protagonistas y observadores, de conocer la totalidad del universo en que actúan.

## **Un nuevo actor: el narcotráfico**

La trama central del análisis, es inevitable, es el problema de la violencia, y en particular el proceso por el cual, a partir de 1977, parece entrar el país en una situación de degradación cada vez más aguda y en cierto modo irreversible. Pecaút no trata de ofrecer una explicación definitiva de sus causas y modalidades, pero hace bastantes anotaciones que resultan de gran importancia para todo posible estudio del tema. En primer lugar, subraya —y en esto coincide con el enfoque de Colombia: *violencia y democracia*, libro con el que se desarrolla, sobre todo en los textos más recientes, un diálogo lleno de sugerencias— la presencia de una multiplicidad de violencias, de raíces diferentes e independientes entre sí, que se entrecruzan y modifican mutuamente. Además, descarta las explicaciones que atribuyen un gran peso en la génesis de la violencia a la desigualdad social, al cierre político del sistema derivado del Frente Nacional. En efecto, Pecaút se niega a definir al régimen político

colombiano como una “república de las armas” y rechaza la atribución a los militares de un control dominante de la sociedad o del Estado, así como la caracterización del sistema político como una “democracia restringida”: encuentra más importante en la búsqueda de una explicación de la violencia atender a los inusitados espacios de apertura que posee. Finalmente, el autor muestra cómo la violencia actual no puede verse como una simple continuación de la de los cincuentas —aunque ésta enseñó a los colombianos a encontrar en la violencia una de las formas esenciales de su acción—, en la medida en que las perspectivas de los grupos guerrilleros son completamente diferentes, y sobre todo porque ha aparecido un nuevo actor social, el narcotráfico, que modifica radicalmente los elementos en juego.

## **¿Democracia “abierta” o restringida?**

Es difícil discrepar de los elementos centrales de este análisis, aunque quizás el rechazo a las explicaciones que de alguna manera insisten en el cierre político y la desigualdad es más polémico y de matices que un verdadero desacuerdo fundamental. Es evidente que el régimen político colombiano es mucho menos cerrado de lo que se afirma en los medios radicales, y que, como lo indica Pecaút, la crisis de la oposición de izquierda se da es justa-

mente a medida que se eliminan las limitaciones legales establecidas por el Frente Nacional. Y es también cierto que la desigualdad social, presente en otros países similares en mayor grado que en Colombia, no ha provocado oleadas de violencia como las que rigen entre nosotros. Pero no se trata de argumentar como si estos factores fueran causas únicas, o tuvieran la virtud, “por sí solas” o “por sí mismas”, de producir la violencia. En mi opinión, el (relativo) cierre político del sistema y las desigualdades sociales son factores centrales en el desarrollo de la violencia en la medida en que se combinan con algunos de los otros elementos aducidos por Pecaút: la ampliación de la movilización social, la profunda transformación social y cultural del país, el paradójico surgimiento de importantes espacios de “apertura”, las limitaciones del Estado, la persistencia, sobre todo en la izquierda, de una lógica de la violencia que ha bloqueado el surgimiento de movimientos de masas y sobre todo, el desarrollo de la economía de la droga. Pero no es el momento de debatir en detalle un libro cuya riqueza invita a la discusión: lo que hay que destacar es cómo sus interpretaciones, usualmente implícitas, sugieren modelos de una gran complejidad, que son los que permiten ver algo en la confusa y contradictoria evolución política del país.